

CARTA DE PENTECOSTÉS

2012

Espíritu Santo, ilumina mi noche, sé mi luz, hábitame y despierta en mi corazón el alba pascual, la aurora de vida, el consuelo de saberme amado, salvado y perdonado. Porque cuando me quedo sumergido en mí mismo, afloran dentro de mí multitud de voces diferentes que intentan confundirme y romper mi conciencia personal de unidad.



Tú eres el **Huésped del alma**. Pero en lo más hondo de mí surgen las dudas, al percibir a la vez las llamadas más nobles y los pensamientos y deseos más bajos. Si conviven ambos discursos, ¿quién soy en verdad? Y ¿cómo es posible que Tú me habites?

Descanso en la fatiga, Abogado defensor, reconozco que no encuentro sosiego en mí mismo, pues si escucho la voz suave que evoca la memoria de lo más noble, al poco siento también un viento huracanado que arremete contra mí con gritos denunciadores de mi fragilidad. ¿Quién soy?

Aliento de vida, desde mi naturaleza, biología y constitución psicológica, no termino de saber quién soy, porque si en mi historia hay tramos hermosos, líricos, de amor limpio, gratuito, de entrega sin medida, a la vez constato trechos oscuros, en los que el egoísmo, la proyección dominadora, el afán posesivo intentan condicionar todo mi hacer.

Paráclito, llegado a tal confusión, terriblemente dolorosa, y ahondando aún más en mi propio ser, reconozco que aún queda en el recinto íntimo un leve susurro, que no cesa de declararme amado a pesar de mí mismo.

Es tu voz en mi corazón herido, en las entrañas desgarradas, la que me concede una conciencia de unidad, la que da a mis preguntas la respuesta más esencial.

Gracias a ti, soy un ser personal, creado por Dios, amado, acompañado permanentemente por tu mirada y ungido por tu misericordia.

Espíritu Santo, no tengo derecho a amputar mi identidad mayor, la de ser fruto de tu amor divino, sellado y consagrado, declarado por Jesús, el Hijo de Dios, amigo suyo, quien me ha enriquecido con tus dones para que no perezca en mi contingencia y pueda responder con la certeza de tu gracia a las voces aparentemente sinceras que intentan totalizar mi ser con mis acciones.

Hoy te grito que no me dejes confundirme, y de la forma que Tú sabes y puedes, haz que tu voz interior sea siempre en mí la referencia estabilizadora.

Gracias, **Espíritu divino**. Al invocarte y saberte dentro de mí, se serena mi mente, al menos por un tiempo, dejando que penetre y me inunde la certeza de que soy amado, perdonado, elegido, enviado por decisión de quien me ha hecho y tejido en el seno materno, el Aliento de Dios.